
C A P Í T U L O X X I I

De lo que sucedió en el encantado chalet de *L'Orquette*, y del celebrado aparecimiento de El Flamígero

Cuando los celestes aurigas empezaron a guiar el carro esplendente del sol por los siderales espacios, y los pajarillos iniciaron su cotidiano y armonioso concierto, la afortunada villa se puso de nuevo en movimiento.

D. Gaspar y Santiago habían pasado la noche en la hacienda de D. Luis, o sea en el chalet de *L'Orquette*, ocupados en los preparativos de la fiesta campestre organizada en obsequio del Dr. Quix, a la cual asistiría lo más selecto de Mapiche y las aldeas vecinas.

El patio principal de la hacienda, pintoresco de suyo, estaba engalanado con sencillez y elegancia. De pilar a pilar lucían festones de flores naturales que el viento columpiaba graciosamente, y por todas partes se veían banderitas y adornos de telas y papel picado de varios colores. En síntesis, la casa rebosaba de alegría y atractivos. Gran número de labriegos con la ropa de pontificar, ayudaba a las faenas domésticas desde las primeras horas del día, en que por el torreón de la chimenea empezó a salir una espesa e interminable columna de humo, señal de que el horno y los fogones se hallaban en plena actividad.

La cocinera de mayor fama en la villa era Romualda, y no obstante su edad y achaques, desde la víspera, fue trasladada a la hacienda en un pollino manso, para que empuñase el espetón y la cuchara en el departamento de la cocina.

A la hora convenida, empezaron a llegar las familias en alegres caravanas de a pie, y también los invitados de más lejos, en grupos de a caballo,

entre ellos los del Granadillo, capitaneados por Nachito Rodríguez, que se prometía tirar aquel día la gran parada, es decir, arrancarle el sí a María y arreglar su matrimonio, para lo cual contaba con Macario, que le hacía buen tercio, entre otras causas, porque detrás de Nachito estaba la temible figura política de su padre, el capitán Rodríguez, hombre quisquilloso y de malas pulgas, que convenía tener grato. Esta misma consideración, estimada prudentemente por D. Luis y doña Paula, los había obligado a llevar con cierta diplomacia las pretensiones de Nachito.

Santiago no se atrevía a abrirle su corazón a María, la cual le manifestaba sencillamente su afecto como antes. ¿Qué podría decirle? Si ella amaba a Nachito, su declaración sería extemporánea e imprudente: dada la inteligencia y sensibilidad de la joven, aquello vendría a ser un cruelísimo tormento para ella. Ver convertido en amante a quien sólo amaba como amigo.

Además, pensaba Santiago, María debía conocer su secreto, María era la amiga íntima y confidente de Lola; María, pues, debía comprender que el nuevo afecto que por ella sentía era cosa reciente, y acaso pudiera atribuirlo a despecho por el comportamiento de Lola.

En este estado de pena e incertidumbre se hallaba el pobre joven, cuando llegó el Dr. Quix a Mapiche. Tuvo, pues, que dejar a un lado sus ocultos pesares, para atender a su amigo. Al volver a tratar a María en la hacienda, su nueva pasión rayó en delirio: la voz dulce, cadenciosa e insinuante de María, la gracia y donaire de sus movimientos en las faenas de la casa, sus ojos brillantes y expresivos, todo en ella le pareció más seductor que nunca.

La casa estaba ya llena de gente. Los músicos habían llegado también, y ocupado puesto en la mitad del patio, a la sombra de un emparrado, que cubría una parte de la gran acequia, y era el lavadero ordinario de la casa. Componían la banda un violín, una flauta, una bandola y dos guitarras, ejecutados por artistas rústicos, que tocaban por mera fantasía, pero muy sabrosamente.

En estos momentos, oyóse gran grito de muchachos por la parte del camino: todos corrieron hacia la callejuela de entrada, adivinando lo que podía ser. Cuanta gente había en los aposentos e interior de la casa, inclusive la buena Romualda, salió afuera, al oír la bulla y Vítores que resonaban en el gran patio: era la llegada del Dr. Quix, quien para colmo de pública curio-

sidad, venía en bicicleta de suerte que media villa se le puso atrás atraída por la novedad del caso.

La música dio al viento sus alegres sonos, y la comisión de recibo, presidida por D. Gaspar, hizo al punto los honores al ilustre huésped, el cual saludó al concurso, batiendo repetidas veces en el aire su sombrero de turista, levantado sobre las altas ruedas de la bicicleta. La fiesta había empezado.

A partir de este instante, la animación se hizo general. Mientras las señoras descansaban de la fatiga del camino, las muchachas, que en la flor de la edad son infatigables, después de rectificar su tocado en el cuartito de costura de María, que D. Gaspar bautizó con el nombre *boudoir*, se dieron a recorrer, risueñas y salerosas, los corredores del patio, recibiendo los piropos de los jóvenes que platicaban en corrillos.

Sirvióse, en seguida, la primera copa a los hombres: era de excelente cocuy, pero bautizado por D. Gaspar en la pila del extranjerismo, para darles en la vena del gusto al Dr. Quix y a Policarpo, quienes se lo tomaron como *whisky*. Y a poco rato, vino la segunda copa, que fue de ron añejo, y lo paladearon como *brandy* del muy bueno.

Los platos fuertes del almuerzo eran un gran hervido o sancocho, para el cual le torcieron el pescuezo a más patos y gallinas que los que murieron cuando las bodas de Camacho, y las tradicionales hallacas, hechas y aliñadas con femenil maestría. Alrededor de estos dos platos, que eran las columnas de Hércules en aquel abundante y opíparo banquete criollo, lucían sus crespas hojas las coles y lechugas en las diversas ensaladas; humeaban los pasteles y tortas horneados, cubiertos de figurillas y arabescos; sobresalían por los bordes de anchas bandejas las costillas y perniles de lechón y de ternera, adobados desde la víspera en orégano y vinagre, y asados al rescoldo con paciente lentitud; y para complemento, el plátano y la papa, de varios modos preparados, y todo género de verduras, frescas y en sazón, directamente traídas del barbecho a la olla; y la tajada de aguacate: “blanda, amarilla, mantecosa, tierna,” y al lado de estas tajadas, y las de excelente queso, una provocativa arepa dorada “que hay que soplar, porque al partir-la humea.”^(*)

(*) Gutiérrez González

Era la hora del almuerzo; pero faltaba algo que se esperaba por momentos. D. Gaspar salía a la puerta a cada momento, y miraba hacia el camino, hasta que al fin llegó, a todo correr, un muchacho de la villa, con un paquete de tarjetas impresas que mandaba el maestro Toribio, y que D. Gaspar recibió con vivo interés: era la lista de los platos, el menú, que había arreglado a estilo moderno, es decir, en francés e inglés, desde la sopa hasta los postres, sin perdonar ni el agua.

Cuando Policarpo vio la nómina de los platos en aquella forma *chic*, se congratuló muy de veras con D. Gaspar por los adelantamientos de Mapi-che en el ramo culinario; y no se cansaba de ponderar el *consommé*, los *potayes*, *entremets*, etc., llamando hasta el aguacate por otro nombre: *persea gratissima*.

¡Oh, poder de la sugestión onomástica! Por obra de unos cuantos renglones en idioma extranjero, aquella rica provisión de manjares criollísimos, vino a convertirse a los ojos del Dr. Quix y del joven electricista en un banquete a lo europeo, es decir, moderno y civilizado. Los de Mapi-che preguntaban a D. Gaspar por qué le cambiaba nombre a todas las cosas, y éste les contestaba al oído:

—¡Silencio, mis amigos! el Progreso tiene su idioma, que no es por cierto el español ni el criollo: el bautizo de las comidas con nombres extraños es hoy un condimento indispensable, la sal, si se quiere, en los banquetes modernos.

No nos detendremos a hablar de los brindis y ardiente entusiasmo que hubo en la mesa, pero sí relataremos un incidente, que le agrió a Sancho el gusto del espléndido almuerzo. Es el caso que, por tentación de Judas, se habló en la mesa de la crónica palpitante en la comarca, cual era un tigre cebado, que en aquellos días salía en el Granadillo, haciendo estragos en las reses domésticas, sin que hubiera podido nadie darle caza, no obstante las trampas y tiros que le habían hecho.

D. Quijote, que oía con vivo interés los miedosos cuentos de la terrible fiera, levantando de pronto la voz, dijo en son de reto:

—Esa empresa corre de mi sola cuenta, y ruego al señor Alcalde, aquí presente, que impida toda otra expedición contra el tigre de Granadillo, por-

que yo solo tendré la dicha de cogerlo y presentarlo vivo a la admiración de todos.

D. Quijote se había puesto en pie, y miraba en torno de la mesa con los ojos saltados, enardecidos de súbito por el fuego de aventuras que inflamaba su pecho.

—¡Dios nos asista! —exclamó Sancho, volviéndose a Santiago, que le quedaba cerca, con un gesto muy significativo de terror.

Grande fue el asombro de todos ante una salida tan inesperada. El Alcalde, obedeciendo a una mirada de D. Gaspar, accedió a lo que le pedía el peregrino doctor, no obstante la temeridad de la empresa.

—¿Y pudiera saberse de qué modo piensa el Dr. Quix darle caza al tigre? —preguntóle Policarpo, no menos admirado que los demás.

—Por un procedimiento de mi invención; por medio de la electricidad.

—¡De la electricidad!...

—Sí, señores, por medio de corrientes eléctricas haré con la fiera lo que no han podido los viejos sistemas de cacería.

La mesa se levantó bajo la impresión extraordinaria producida por el anuncio de esta cacería eléctrica, suceso que venía a poner por las nubes la fama de brujo científico de que gozaba el Dr. Quix.

En los momentos en que la concurrencia se dispersaba por los amplios corredores, comentando el hecho, y la ciencia y valentía del mágico doctor, se oyó un rumor de voces y de gritos no muy lejanos, que interrumpió la animada conversación electro-técnica que pasaba entre el Dr. Quix y Policarpo, a quienes se allegó D. Gaspar, amable y cortésmente.

—Oh, D. Gaspar —le dijo Policarpo— ¿oye usted?... Parece un *camp-meeting*.

—Con casualidad, venía a invitarlos para asistir no a un *camp-meeting*, pues no se trata de eso, sino a un divertido *camp-show*.

—Un *camp-show*!...

—Sí, tenemos en obsequio del doctor un interesante *cock fight*, que es la diversión que motiva esa bulla.

En el patio del trapiche, que quedaba adyacente a la casa, existía un

circo construido de cañas, en que se jugaba a los gallos todos los domingos. Allá fueron llevados el Dr. Quix y Policarpo, a presenciar el *cock fight*.

Era un desafío, casado de antemano, entre Macario y Nachito, jefes de los bandos contendores y dueños de los mejores gallos de la comarca. Este juego tradicional, bárbaro con el nombre español de riña de gallos, y culto y civilizado, si se le bautiza con el nombre puritano de *cock fight*, entretuvo por largo rato a la parte masculina de la reunión.

D. Luis había hecho preparar dos barriles de guarapo fuerte, con la cachaza del trapiche, bebida deliciosa como fresco en el medio día, sobre todo bajo el sol ardiente de los trópicos. Terminada la primera pelea, en que el triunfo fue del gallo de Nachito, todos los espectadores tomaron por asalto el vasto caney del trapiche, donde a la sazón se servía en rebosadas copas el apetitoso guarapo.

D. Luis y Macario, tratándose de una bebida tan: vulgar y criolla, no se atrevieron a ofrecerla al Dr. Quix ni a Policarpo, que también aparecía circundado por la aureola del extranjerismo, debido a sus ideas, traje y costumbres; pero D. Gaspar, que en todo estaba y a todo atendía, los sacó de dudas diciéndoles:

—Tienen ustedes mucha razón: estos señores no tomarían guarapo fuerte ni a palos; pero sirvan dos copas, que yo me encargo de ofrecerlas con otro nombre a nuestros distinguidos huéspedes.

Se hallaban éstos en sitio de honor en torno del circo, empeñados en una discusión técnica sobre la manera más ventajosa de allanar un empinado cerro que a la vista tenían, pues el Dr. Quix opinaba por un funicular, y Policarpo por un túnel, en lo cual se invertirían de quince a veinte millones de dólares, aportables por alguna compañía extranjera, mediante la garantía de una concesión territorial de valor céntuplo. D. Gaspar se les acercó con amable y refinada cortesanía, presentándoles las copas de guarapo.

—Me permito ofrecer a ustedes la ponderada crema de caña, bebida laxo-refrigerante recomendada por los higienistas modernos.

—¡Oh, buen amigo, con mucho gusto la aceptamos! —le contestó el Dr. Quix, saboreándola enseguida, lo mismo que Policarpo; y uno y otro se desataron en elogios de tan rica y deliciosa crema!

Entre Macario y Nachito, con acuerdo de D. Luis, habían organizado baile, pues las muchachas, privadas de asistir al *cock fight*, estaban aburridas dentro de la casa. La música tocó alegremente, y Santiago, con el corazón palpitante y ciego de amor, buscó a María para bailar la primera pieza; pero cuál no sería su contrariedad e ingrata sorpresa al ver que Nachito, resplandeciente de satisfacción y de alegría, daba ya el brazo a la joven, que era, sin disputa, la reina de la reunión. Sus miradas, llenas de celos y de profundo disgusto, se tropezaron con las de María, luminosas e inteligentes, pero veladas por un no sé qué de tristeza.

Lleno de despecho, Santiago sacó otra pareja, a tiempo que D. Gaspar comprometía a los caballeros del Progreso a tomar parte en el baile, que se iniciaba con una polka zapateada, a la cual le dio el nombre de *Bostón*.

El entusiasmo de los bailarines llegó a su colmo, y a la mitad de la pieza, se oyó la voz alegre de D. Gaspar, que exclamaba, después de haber hecho que cesase repentinamente la música.

—¡Bomba para las damas!

Todos los galanes se fruncieron, por más que les sobraban las ganas de echar algún piropo a las parejas. A Nachito, que bailaba con la niña de la casa, le tocaba iniciar la bomba. Todos esperaban en silencio: el caso no admitía excusa. Púsose encarnado como una amapola, tosió tres veces, se pasó el pañuelo por la frente para limpiarse el sudor, y con entrecortada y tímida voz dirigió a María esta copla:

De domingo en domingo

Te veo la cara:

¡Cuándo será domingo,

Virgen Sagrada!

La música tocó de nuevo, y continuó el baile, junto con los aplausos tributados al galán, que tuvo tino en elegir la copla, porque era en realidad de domingo en domingo cuando veía a la espiritual María.

Tocóle después el turno a Santiago, que estaba bailando de mal grado, pues su espíritu era más de tristeza que de alegría. Excitado para la bomba,

la música hizo una pausa, y todos estuvieron prontos para oír. Con voz que le salía del alma, el joven recitó esta copla, buscando con sus ojos a María.

*Si oyes doblar las campanas,
No preguntes quién murió,
Pues si te casas con otro,
¿Quién ha de ser sino yo?...*

La música borró al punto la impresión general de tristeza que produjo este verso, dicho con tanta sinceridad, atribuyéndolo a alguna historia de amor que dejaba Santiago en remotas tierras, pero no así en el corazón de María, conocedora de los secretos de su compañero de infancia. ¡La pobre niña pensó en Lola! Era para ella, sin duda, aquella intencionada copla. Si Nachito hubiera sido un hombre más conocedor del corazón humano y de mayores alcances, habría notado la viva conmoción de su pareja, y la sombra de oculto pesar que había nublado su semblante al oír la voz apasionada y triste de Santiago.

Adivinando Macario que D. Gaspar tenía la intención de comprometerlo para la bomba siguiente, previno el lance mandando callar la música y dando el grito de ordenanza:

—¡Bomba para la dama, D. Gaspar!

Este no se hizo de rogar, y con su cara siempre festiva y picaresca, le clavó los ojos a su pareja, que era una muchacha graciosísima, de tipo andaluz, con unos ojazos negros, que echaban chispas, de la cual andaba prendado nuestro gran humorista, según se decía en la villa; y frotándose las manos, le endilgó esta copla, que fue acogida con estrépito de risas y de aplausos:

*¿Para qué pondrán farol
En la puerta de tu casa?
Si es para alumbrar la calle,
Con solo tus ojos basta.*

Se bailó otro rato, y ya se creía que habían terminado las bombas, pues en seguida de las dichas, las hubo como un tiroteo graneado, cuando D. Gaspar, dirigiéndose al ingeniero electricista, que a la sazón bailaba el *Bostón* como un relámpago, a estilo extranjero, le dijo recio, para que todos lo oyesen y cesase la música:

—¡Bomba para la dama, Policarpo!

¡Aquí te quiero escopeta! Sereno el semblante y alta la frente, nuestro galán técnico, dirige una mirada en torno de la sala, en que se pintaba la seguridad del triunfo, y cierto anticipado agradecimiento por los aplausos que ganaría en aquel torneo, sin competidor para él, como poeta de la nueva escuela del ideal azul y la marfilínea torre.

*Al níveo alcázar del albo ensueño,
Ideal palacio do imperas tú,
En raudo giro, nimbada asciende,
Palidecente, mi estrofa azul.*

Hubo un momento de silencio: nadie había entendido el verso del joven electricista. A la verdad, esta literatura del Ensueño y del Símbolo necesita de tiempo y de mucho fósforo en las entenderas para digerirla. Vino a romper el conflictivo silencio una chistosísima mueca que la pareja de Policarpo hizo a sus compañeras, encogiéndose de hombros e inclinando la cabeza, con lo cual quería decirles:

—¡Nos dejó en ayunas, mis amigas!...

Tan oportuna salida de la muchacha, que interpretaba el sentir general, fue motivo de ruidosos aplausos, que ufanamente tomó para sí el azulado vate, a quien el Dr. Quix felicitó con verdadera efusión literaria, prodigándole los más metafóricos elogios

Las horas corrían rápidas. Al ruido de la fiesta, los campesinos habían acudido a la hacienda, y formaban corros por todas partes. Sancho hacía su agosto entre ellos, vendiéndoles las famosas píldoras, siguiendo aquel adagio que él practicaba siempre: unos en el son y otros en el sorbetón.

Mientras se servía la merienda, la cual fue presentada al Dr. Quix y a Policarpo con el nombre civilizado de *lunch*, D. Gaspar llamó aparte a D. Luis, y le dijo:

—Necesito que haga usted llevar el mayor número de asientos que sea posible para la sombra de los guamos en el potrero de las vacas.

—¿Y eso para qué, D. Gaspar?

—Es que a Macario no le sale la píldora de la pérdida de su gallo, y quiere sacársela a todo trance.

—¿Con otra riña?

—Nada de eso. Ha desafiado a Nachito para una carrera de a caballo, pues quiere probarle que su potro no tiene rival en la carrera. Se ha juntado el hambre con la gana de comer, pues Nachito cree y afirma que su caballo es mejor que el de San Jorge. Han nombrado ya jueces y testigos, y están alistando los caballos. Este es un lance imprevisto, al cual conviene darle carácter de formal espectáculo, en obsequio de nuestros ilustres y civilizados huéspedes.

A D. Gaspar nadie le daba un no: D. Luis puso lo necesario para el caso a disposición de su chispeante amigo; y éste, ayudado por diligentes obreros, adornó en un abrir y cerrar de ojos, todo un lado de la cerca, que era de alambre, con flámulas y banderolas que hizo quitar disimuladamente de los corredores y patio de la casa. El potrero era un prado de alguna extensión, alfombrado de césped, y con una pintoresca arboleda de guamos, en forma de parque, desde la cual podía verse la improvisada carrera.

A María le dio privadamente D. Gaspar la comisión de hacer un ramillete de flores, que sería el premio ostensible del vencedor. En esta hermosa labor se hallaba en el interior de la casa, cuando se le acercó Santiago, con su semblante apagado por la tristeza.

—Santiago —le dijo María, al verse sola con él— tengo una queja de ti.

—¡Una queja, María! ¿En qué he podido ofenderte?

—Antes me tratabas con mayor franqueza, con mayor confianza. Ahora, aunque sufres, nada me dices, nada me comunicas.

—¡Ah, María, es muy cierto lo que me dices, pero no me culpes, por Dios! No me atrevo a abrirte mi corazón, como quisiera. ¡Oh, si tú pudieras leer directamente en él, sin que mis labios pronunciaran una sola palabra!...

María miró sorprendida a su compañero de infancia, e iba a contestarle, sin duda, que era Lola la causa de sus íntimos pesares, porque así lo creía ella sinceramente, pero se contuvo al tropezarse con las miradas intensas, suplicantes y profundamente expresivas de Santiago, que estaba trémulo de amor en su presencia. Dióle el corazón un vuelco extraño, sintió que se le oprimía el pecho, e inclinó la cabeza en silencio, aturdida y confusa, creyendo que fuese una ilusión lo que escuchaba y lo que veía.

La voz de D. Gaspar interrumpió bruscamente el interesante coloquio de los dos jóvenes.

—¡A los guamos, a los guamos del potrero, todo el mundo! Tú, María, convida a las damas para que asistan a la carrera, y lleva prevenido el ramo, pues a tí te corresponde prenderlo en el pecho del vencedor. ¡Oh! compadeczo a Macario, porque con este aliciente, Nachito es capaz de matar el caballo a espolazos.

María se puso encarnada, e hizo un gesto de disgusto.

D. Gaspar, acompañado de Santiago, se dirigió a la sala, en solicitud del Dr. Quix y su nuevo e inseparable compañero. Por el camino se atusó el bigote, se compuso el nudo de la corbata y se asentó las solapas de la levita, acercándose a ellos con voz de refinada cultura y sonrisa de cortesano.

—Resta que ustedes nos honren con su presencia en el *sport*.

—¡Oh! —dijo Policarpo— ¿conocen aquí el *sport*? Es, sin duda, un gran progreso.

—¡Válgame Dios, muchacho! Te he dicho que Mapiche está en todo a la moderna. Ahora verás un *match* en toda forma, de caballos dignos del más renombrado *betting*. Al hipódromo, pues, que el *book mater* nos espera.

Al Dr. Quix le reventaba la satisfacción hasta por la suela de los zapatos, viendo tales muestras de modernismo en un pueblo hispano-americano, que él suponía “irredento del oscurantismo español”.

Toda la concurrencia fue a tomar puesto a la sombra de los guamos, en el potrero de las vacas, convertido en hipódromo en menos de quince minutos. La banda de música se situó en lugar conveniente: sólo faltaba que apareciesen en la escena los caballos y los *jockey*, que no se hicieron esperar.

La tarde era hermosa, y balsámico el viento suave que movía las flámulas y banderolas. Los últimos y casi rojos destellos del sol agonizante pro-

ducían extensa sombra delante de los árboles, donde estaba apiñado el concurso, oyendo los acordes de la música y recreándose en la contemplación del paisaje. De pronto resonó un grito de contento por todas partes: en la puerta del potrero habían aparecido los anhelados jinetes.

Nachito venía sobre su ponderado caballo, que era un altanero y brioso alazán; pero su competidor, que montaba un arrogante potro moro, no era Macario, sino Santiago, novedad que sorprendió no poco a todos, incluso el mismo D. Gaspar. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no corría Macario su propio caballo, siendo consumado jinete y exclusivamente suya la apuesta?

Pronto salieron de dudas, pues el mismo Macario apareció en la escena, y les explicó en secreto lo ocurrido, de esos secretos que corren a media voz de boca en boca, con la celeridad del rayo: era que Santiago le había exigido que le cediese el cargo de jockey, haciéndole ver que no cuadraba bien a su carácter de Alcalde entrar en pública lisa delante de aquellos caballeros extraños.

Esta podía ser o no ser la verdadera causa, como la enfermedad del Rey que rabió, pero lo que sí era verdad de a folio, era que Santiago, devorado por los celos, había echado mano de aquel racional motivo, para disputarle a Nachito la palma del triunfo y privarlo del ramo de flores que María tenía preparado para el vencedor.

Ambos aparecieron a los ojos del numeroso concurso como gallardos paladines. Los caballos, metidos de improviso en medio de aquel bullicioso gentío, entre música y gritos, se mostraban fogosos e impacientes, tascando el freno y haciendo airosas cabriolas, en tanto se casaban las apuestas particulares y se disponía la carrera. Uno y otro jinete, enardecidos por la emulación, tenían los ojos centellantes, y esperaban con viva ansiedad el momento supremo, a semejanza de los campeones de las justas y torneos de otros tiempos, llevando grabado en la mitad del corazón, ya que no sobre la armadura, el nombre de la dama de sus pensamientos.

Ante aquel duelo *sui generis*, inesperado y de nadie comprendido, excepto de los dos combatientes y de la pobre María, ésta se había quedado en suspenso. Pálida y llena de sobresalto, comprendió que Nachito y Santiago se consideraban rivales, y temblaba por las consecuencias: la figura del capitán Rodríguez enojado, era para ella una pesadilla.

La música cesó, y sucesivamente se oyeron en medio de un gran silencio las tres voces de partida, y luego el ruido trepidante del galopar de los impetuosos animales. ¡Momentos de ansiedad! Caballos y jinetes parecía que volaban: centenares de pechos contenían el resuello, y centenares de ojos seguían sin pestañar a los diestros golopantes. Esta suprema expectativa debía durar muy pocos minutos, porque el potrero no era tan largo.

Macario, a horcajadas sobre el tronco de uno de los guamos, lanzó de repente un gran grito, tirando al aire el sombrero:

—¡Mi potro ha ganado!...

Un hurra estrepitoso y prolongado saludó al vencedor: efectivamente, Santiago había pasado a Nachito en la carrera. La música tocó alegremente, y todos esperaban el retorno de Santiago para batirle las palmas del triunfo, como en efecto lo hicieron con grandes muestras de simpatía y entusiasmo, cuando éste llegó frente al concurso sobre el gran potro de Macario, que echaba copos de espuma por debajo de los enchapados arneses; y mientras el Alcalde se le echaba encima a su caballo y lo colmaba de caricias, Santiago, llevado casi en peso por sus numerosos amigos, se vio de pronto delante de María, que con mano trémula colocó en su pecho el bello y codiciado ramo de flores, sin proferir una palabra siquiera, pero bañándolo en la luz de una mirada elocuente de ternura, de alegría y de esperanza!

A Nachito fue necesario desarmarlo, porque estuvo a punto de matar a tiros su vencido alazán. Tal fue el fin y remate del *sport*, improvisado por D. Gaspar.

El *pic-nic* estaba terminado: había llegado la hora de tornar a la solitaria villa, hora en que todos van y vienen, solicitando los objetos que les pertenecen; es la hora tumultuosa de los reclamos y las contrariedades: que no aparece la gorra del niño, la sombrilla de la joven, ni el bastón del caballero; que los de a caballo andan del tumbo al tambo por las espuelas y las polainas, que las pusieron aquí o más allá, y no parecen tampoco; que en las cuadras, repletas de bestias ensilladas, a éste le falta el freno o el bozal, y aquél se queja porque le han cambiado la gualdrapa o el sudadero; no había, en fin, quien no anduviese en busca de algo que le faltaba o estaba trocado.

Pero el que puso el grito en el cielo fue Sancho, pues al ir a aderezar su pollino, lo encontró sin la jáquima, que era nueva, comprada por él mismo

en Sanisidro. El asno estaba amarrado con un pedazo de cabestro, sucio y raído: inmediatamente se quejó ante el dueño de la casa, que viene a ser el Cristo en estos casos. D. Luis, que andaba de aquí para allá, despidiendo a la concurrencia, se apenó en extremo, porque se trataba nada menos que de Mr. d'Argamasille, colega del Dr. Quix, y ordenó a sus criados que buscasen la flamante jáquima por todas partes.

De esta activa e inmediata solicitud resultó que la jáquima, junto con otros aperos, habían sido robados, y que todas las sospechas recaían en un desdichado mozuelo, ratero de profesión, que en medio de la fiesta, había venido también a rondar la hacienda, por aquello de que a río revuelto, ganancia de pescadores.

—¡El Zorro! —exclamó Macario— buen pájaro ése. No es la primera que hace, pero en esta vez la habrá de pagar caro.

Dio en seguida sus órdenes a dos comisarios de policía, los cuales salieron como perros de presa tras las huellas del ratero, que no debía estar lejos, porque lo habían visto por los lados de la caballeriza, mientras estaba la concurrencia en el potrero. Llamábanlo el “Zorro” porque no dejaba parar gallina en poblado ni en los campos.

Este suceso fue causa de mayor alboroto a la hora de partir, pues a la voz de que “Zorro” había estado por allí unos buscaban con más ahinco sus cosas, otros procuraban reponer lo perdido, y todos comentaban el hecho y esperaban con viva curiosidad la captura del afamado ratero, el cual fue aprehendido no lejos de la hacienda, con el cuerpo del delito a cuestas, pues llevaba dentro de un saco la jáquima, los otros aperos y varias baratijas pescadas en la ruidosa fiesta.

Gran tumulto se formó en el patio de la hacienda a la llegada de “Zorro”, mozo que no pasaba de veinte años, de ojos lánguidos y rostro macilento. Confuso y cabizbajo compareció ante el Alcalde, quien empezaba a reconvenirlo por el hurto, dando orden de llevarlo a la cárcel, cuando se oyó la voz tenante del Dr. Quix, que se metió en el centro del grupo, ya montado en la bicicleta.

—En nombre del Progreso y de la Ciencia, señor Alcalde, no llevéis a ejecución el arresto de este infeliz, que a todas luces parece ser irresponsable del delito que se le enrostra. Estáis sugestionado todavía por la vieja y

rutinaria escuela penal clásica, y aplicáis por ello procedimientos de justicia bárbaros e inmisericordes: ¿no veis que este individuo es oxicéfalo y cloro-neurótico, señales que denotan una anomalía particular, así en sus condiciones psíquicas como biológicas, por ser indicios de un gran desenvolvimiento y actividad en la circunvolución de las células afectivas, en especial de aquellas donde está localizado el amor a las cosas ajenas? Antes, pues, que procesarlo como reo, debéis considerarlo como paciente, y mandarlo, no a la cárcel, sino al Establecimiento de Antropología Penal más inmediato, donde pueda yo estudiar el caso a la luz de los principios modernos.

Policarpo apoyó desde luego la opinión de su grande e ilustre amigo, en quien él veía la luz del siglo y el pináculo del Progreso, en tanto que D. Gaspar, reprimiendo la risa y comprendiendo el aprieto en que se hallaba el pobre Alcalde, contestó al Dr. Quix, con la mayor naturalidad, adhiriéndose en un todo a su parecer, y proponiendo que el Zorro fuese llevado al Hotel Cosmopolita, donde había un departamento destinado de antiguo a Clínica Antropológica, en el cual podría el sabio doctor estudiar cuantos tipos criminales se presentasen en lo sucesivo.

Aquello era una gran mentira, y sin embargo nadie protestó: por el contrario, es tal el puntillo de la época en materia de Progreso, que los de Mapiche aplaudieron sinceramente la invención de D. Gaspar, que los hacía quedar bien a los ojos del modernísimo sabio. La posada del Fraile iba viento en popa por el camino del Progreso: en un santiamén se había convertido en Hotel Cosmopolita, en Clínica Antropológica y en Empresa Editorial, como después veremos.

El Zorro, más malicioso que el mismo Caco, descubrió a través de tan extraña terminología que se trataba de disculparlo por enfermo; y entonces, a medida que el sabio hablaba, él ponía los ojos más lánguidos y el rostro más triste, con lo cual engañó a los cándidos y acabó de persuadir al Dr. Quix de la verdad de sus observaciones.

Con este incidente científico-penal concluyó la fiesta y la crónica del día, volviéndose todos a sus respectivas posadas, menos el Zorro, que fue conducido al Cosmopolita, bajo la inmediata inspección del Dr. Quix, constituido de hecho en Proto-médico de la Clínica Penal Antropológica de Mapiche.